

PSICOANÁLISIS Y POLÍTICA¹

Marie Jean Sauret²

No es la primera vez que intervengo sobre este tema; está en el corazón de las preocupaciones del equipo de búsqueda que animo en Toulouse, Francia, y por esto no es gratuita la elección de trabajar en común con vuestra universidad, en el marco de un proyecto que realizamos actualmente sobre síntoma y lazo social.

He decidido limitar hoy mis propósitos a una pregunta de apariencia simple, y espero, no provocadora: ¿El psicoanálisis podrá constituir una solución contra eso que había diagnosticado Freud como lo que constituye la razón del malestar de la cultura?

Para oponerse al malestar en la civilización haría falta, seguramente, la revolución; y bien, no tengamos temor en afrontar el problema en estos términos: ¿podrá el psicoanálisis constituir una revolución contra el malestar en la civilización?

¹ Conferencia pública dictada en el marco de la Especialización en niños con énfasis en Psicoanálisis. 2003.

² Psicoanalista, Licenciado en Psicología, Magíster en Psicología Social, Doctor en Psicología, profesor de la Universidad de Toulouse 2 Le Mirail. Francia. Correo electrónico: sauret@univ-tlse2.fr

Al proponerme tratar esta pregunta, lo confieso, tenía la idea de acentuar la vertiente optimista de la respuesta, pero una pregunta cuando es verdadera, permanece siempre como una pregunta, es decir, el de que alguna cosa, digamos un real, escapa a la respuesta, si no, no era una pregunta, lo que es suficiente para atemperar el optimismo.

Comenzaré, sin embargo, por la vertiente optimista ligada a eso que el Psicoanalista introduce de nuevo. Veamos entonces: primer punto: *el psicoanálisis es una invención revolucionaria.*

Es evidente que Freud considera el Psicoanálisis como una revolución, la tercera herida narcisista que después de Galileo: *“la tierra no es más el centro del universo”* y de Darwin: *“El Hombre no es más la cúspide de la creación”*, viene a subvertir los saberes establecidos: *“El hombre no es más el amo de su propio yo, de su propia conciencia”*. Saber revolucionario que Freud no dudó de su interés para la humanidad: el inconsciente, el carácter intelectual de la sexualidad, el falo, la castración, el lugar del padre, la función del síntoma, la pulsión, el tratamiento de la neurosis por medio de la transferencia y la interpretación. Conceptos y nociones, sin hablar de la práctica, que no existirían sin Freud.

No hay duda que después de la invención del Psicoanálisis, el mundo ha cambiado: desde la psicopatología de la vida cotidiana, hasta las formas que toman las neurosis y las psicosis, los asuntos del amor y el malestar en la cultura, están diagnosticados: para humanizarse, el hombre debe renunciar al goce, y enfermo del deseo, toma sobre él la falta de la estructura que está ligada a la incompatibilidad entre lazo social y goce. Esta falta se funda en el parricidio que cada neurótico reasume por su propia cuenta: culpable de la muerte del padre, la agresividad retorna contra él mismo, para preservar la perennidad de su comunidad.

Esta concepción revolucionaria del Psicoanálisis Jacques Lacan la matiza, usando como modelo de la revolución, el movimiento de los astros y, oponiéndolo a la idea de trastorno lo explica a partir del retorno regulado al mismo lugar, para concluir que la revolución, en ese sentido, tiene que ver con un real del cual hay allí una definición: eso que vuelve al mismo lugar.

De esta manera, el optimismo freudiano es de repente desplazado, pero no es todavía borrado, pues la referencia Lacaniana a la revolución de los astros no es fortuita, el descubrimiento de que, precisamente, no giran circularmente, y toda la

conmoción correlativa del saber grecorromano y medieval marcan el comienzo de la ciencia moderna: un real se impone, a través de lo que los hombres imaginaban como movimiento circular; y el físico levanta la fórmula que le permite llevar las matemáticas vivientes a lo real, como afirma Collete Soler, para obtener una ganancia de saber inédita. De esta manera, la revolución científica se acompaña de un quiebre de los saberes constituidos hasta ella, sin duda equiparable con aquellos que nosotros hemos sentido, como la caída del muro de Berlín o el Apartheid.

Me doy cuenta de que son dos imágenes tomadas del campo político, y que sirven para dar a entender el estupor del hombre del siglo XVII, obligado a renunciar a su cosmología, a su representación del mundo delante de la irrupción de lo real de la ciencia moderna. Sin duda eso nos hace más sensibles al hecho de que el sujeto del Psicoanálisis, es un heredero de la ciencia moderna y de la revolución francesa, él ha nacido al separarse de sus determinaciones debido a que una de estas, el *significante*, el lenguaje, lo divide.

La ciencia moderna se esfuerza en separar al sujeto del saber que ella condiciona. Eso que nosotros llamamos la objetivación y la universalización del saber supone

borrar del discurso de la ciencia las huellas del sujeto, así como las singularidades del objeto estudiado, pues se supone se opondrían a su colectivización. Pero no hay ciencia moderna sin sujeto que la fabrique, es decir, sin sujeto que se emancipe concretamente de los saberes establecidos y reconocidos. Descartes permanece en este sentido como ejemplo. Preparado por el paso de este sabio, la separación del sujeto, se realiza de otro modo con la Revolución Francesa de 1789. El sujeto descubre que no está casado, como lo creía, con el orden establecido, con el antiguo régimen, y por eso, con ningún sistema que le imponga el Otro, sea Dios o el Rey, para ordenar su relación con el mundo; pero de repente él mismo se debe inventar la solución susceptible de hacer viable su relación al mundo y a su semejante. Y con base en este mismo movimiento, sabe que la antigua solución era una estructura simbólicamente organizada; y que la nueva solución por él inventada, está construida de la misma materia simbólica, subordinada al empleo del significante. De tal suerte que como sujeto está tomado, así como lo anota Lacan, entre el hecho de deber, él mismo, que acrecentar la dictadura del lenguaje para suavizar la caída de los antiguos ideales y la certeza del carácter relativo de los semblantes adoptados. El abandono de los antiguos ideales, que ya no están a disposición puesto que ellos estaban supuestos para obedecer a Dios, al Rey, al Papa, a la naturaleza, a todo lo que ustedes quieran, deja el lugar a un espacio de

incertidumbre. El nuevo sujeto gana con ello la responsabilidad de su posición y un reconocimiento explícito de su capacidad de acto, aún si intenta después restaurar el sistema de los ideales: igualdad, libertad, fraternidad; en Francia, el socialismo, el partido, el fascismo, el sindicato, y otros.

Sin extendernos demasiado sobre este punto, adivinamos que por esto las condiciones están reunidas para el nacimiento del Psicoanálisis, del acto que extrae la estructura separada por la ciencia y la revolución de ese sujeto sometido a la ley del lenguaje. Para eso fue necesario un inventor capaz de superar la psicología y la psiquiatría de su época, que por lo demás es una de las razones del carácter imborrable del nombre de Freud, al que Lacan ha ratificado con su consigna del *retorno a Freud*. Volver a Freud es volver a ese momento de invención del psicoanálisis, ese momento en el que Freud se separa de la ciencia de la época porque en ese momento no solamente se reúnen las condiciones de invención, de transmisión y pervivencia del psicoanálisis, sino porque presenta la estructura misma del psicoanálisis.

Lacan sacó otra lección de ahí, la relación de cada uno al psicoanálisis a condición de que busque apropiarse de la lógica del discurso analítico, que lo obliga a reiterar

este paso. Esta relación de cada uno al discurso analítico hace pues parte del discurso analítico, por poco que el sujeto lo interrogue, y cualquiera sea su nivel teórico y sus capacidades preceptuales, que según mi punto de vista, es una de las razones mayores de la invención del *cartel* como órgano de base de la Escuela Freudiana de Paris y, posteriormente, de la Escuela de la Causa Freudiana. Este dispositivo de pequeño grupo, que permite a cualquiera trabajar con cualquiera, es una estructura de trabajo inédita, única y propiamente revolucionaria.

La estructura del sujeto del psicoanálisis ha llegado a ser, gracias a Lacan, algo común: el sujeto es representado por un significante para otro significante. El psicoanálisis comienza con el descubrimiento de este sujeto y con los medios que el significante le da para interrogarse sobre lo que él es, pues no hay ser más que como hecho de dicho. Este ser está marcado por una falta que vuelve siempre al mismo lugar como los astros, falta real que permite atrapar lo real del sujeto, su ser de goce.

Esta falta Freud la identificó a la esencia de lo humano bajo el nombre de deseo, mientras que Lacan la bautiza goce, sustancia negativa que borraría esta falta.

Lacan la define negativa porque siempre es imposible; lo real es imposible que no falta.

Todavía una palabra más sobre la estructura de ese sujeto posrevolucionario. Por adoptar el ambiente del lenguaje, el sujeto está separado de sus determinaciones naturales: la anatomía macho – hembra no le dicta su conducta sexual; él sabe por el lenguaje lo que debe hacer como hombre o como mujer, que nosotros llamamos desde Freud Complejo de Edipo y de Castración. De la misma manera, no es el instinto el que le permite hacer sociedad con su semejante, sino el significante que hace lazo social, puesto que es el lugar donde los sujetos se encuentran para hacerse representar. Los sujetos se mantienen en conjunto porque los significantes se articulan, pero al precio del sacrificio del goce. Si nosotros releemos la angustia y la culpabilidad freudiana con el déficit del goce y la dictadura del significante, y si agregamos que el lenguaje sustituye a la transparencia de la comunicación animal, e introduce el malentendido inherente a la palabra, tendremos el veredicto lacaniano, esta vez, del malestar constitutivo de la cultura y la estructura del sujeto que le corresponde: la neurótica.

Desde el seminario sobre de la transferencia, Lacan despliega claramente las consecuencias de la imposibilidad de mantener conjuntamente el lazo social y el goce: la sociedad reprime el goce exacerbando la neurosis del sujeto, que ya está en falta de goce, y está dotado de una solución: el fantasma. Para regular su relación al goce, el fantasma le permite protegerse del retorno del goce y, a su vez, sostener su deseo, pues no hay sujeto sino en tanto que separado del goce, salvo en la angustia y en la desaparición del sujeto, *fading*. El fantasma cumple esta doble tarea, porque guarda la memoria casi biográficamente, de las experiencias que el sujeto ha podido tener, hasta, algunas veces, autorizarlo para recuperar un pedazo de goce, que es lo que nosotros nombramos *plus de goce*. El tratamiento para el neurótico de la represión social del goce, sobrepasa algunas veces los límites del fantasma privado, para proponer invenciones culturales, lo que Freud llamaba sublimar, y gracias a lo cual el sujeto hace participar la idea de un arreglo nuevo con el goce, hasta suscitar, como dice Lacan, una nueva perversión.

Me parece que debemos entender esta nueva perversión como un arreglo inédito, y que, como tal, cortocircuita la represión. Compartir esta nueva invención cultural supone, no sólo el acto por el cual este último es creado, sino también llevado a un lugar público, haciendo historia. Es el caso del banquete de Platón, en el cual se

inspiró la erótica cristiana del amor cortés que modificó por siglos la relaciones entre los sexos, antes de que la sociedad nos redoblara su función represiva, suscitando nuevas reacciones: del lado del neurótico síntomas y creaciones como la explotación del amor de transferencia por el psicoanálisis mismo, y por lo que Lacan, desplazando un poco más el acento, evocará el alcance revolucionario, no del psicoanálisis, sino del síntoma mismo. Señala que es con este goce de donde puede renovarse el lazo social. Así se ha situado la tarea del psicoanálisis: extraer este alcance revolucionario del síntoma, o sea, devolverle al sujeto su capacidad de acto, no solamente de *amar y trabajar*, sino de *crear*; de entrada, la solución que conviene al sujeto y a su relación con el semejante. Por eso se comprende que Lacan haya desaconsejado la práctica del psicoanálisis a aquel que no es capaz de encontrar la subjetividad de su época. Déjenme leerles dos párrafos de *Función y campo de la palabra y del lenguaje*, donde figura este sintagma de la subjetividad de su época: *“la dialéctica no es individual y la cuestión de la terminación del análisis es la del momento en que la satisfacción del sujeto encuentra cómo realizarse en la satisfacción de cada uno, es decir, de todos aquellos con los que se asocia en la realización de una obra humana. Entre todas las que se proponen en el siglo, la obra del psicoanalista es tal vez la más alta porque opera en él como mediadora entre el hombre de la preocupación y el sujeto del saber absoluto. Por eso también exige una larga ascesis subjetiva, y que nunca sea*

interrumpida, pues el final del análisis didáctico mismo no es separable del compromiso del sujeto en su práctica. Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época. Pues ¿cómo podría hacer de su ser el eje de tantas vidas aquel que no supiese nada de la dialéctica que lo lanza con esas vidas en un movimiento simbólico? Que conozca bien la espiral a la que su época lo arrastra en la obra continuada de Babel, y que sepa su función de intérprete en la discordia de los lenguajes”.

Lacan nos recuerda que si el hábitat humano es del lenguaje, si lo que hace lazo social entre los hombres reside en el lenguaje -lo que Lacan llama campo-, entonces la interpretación del psicoanalista -función de la palabra- es política. No solamente aquel que no toma la medida de la subjetividad de su época es invitado a renunciar al psicoanálisis, sino que Lacan niega que haya un fin de análisis si la satisfacción del sujeto no logra realizarse en la satisfacción de cada uno. La fórmula está tan separada de la asociación postsociedad burguesa, que Marx la describe como aquella “donde el libre desarrollo de cada uno es la condición del libre desarrollo de todos”

El psicoanálisis es una tarea de largo aliento, que parte del enigma de un síntoma cuyo goce es imputado al Otro, -fue por culpa de mi padre, de mi madre-, y que va hasta el descubrimiento del hecho de que este goce aborrecido le concierne al

sujeto mismo. En el fondo el sujeto busca convencer al psicoanalista de que su malestar no es más que el resultado de lo que le han hecho sus padres, e interroga al Sujeto Supuesto Saber, con el fin de obtener una respuesta sobre eso que él es verdaderamente, una respuesta que haga sostener el conjunto de su ser como hecho de dicho y de su ser de goce. Este sujeto descubre que él mismo es una objeción al saber, que no existe otro que responda, por eso le toca inventar el saber que conviene para dar cuenta del modo propio sobre el cual él objeta al saber, es decir, bajo lo cual demuestra que *no hay Otro* que se oponga a su capacidad de acto, ni Otro al cual remitir su responsabilidad de sujeto, lo que significa que el psicoanálisis y el psicoanalista no dictan a los sujetos lo que deben hacer en materia sexual u otra, pero ellos interrogan al sujeto, es el sujeto el responsable de lo que hace con su sexualidad. Es en este punto donde él se descubre sin Otro, y donde se le impone la necesidad de un lazo social nuevo que rompa con el cinismo que, al contrario, lo amenazaría. Entonces hablamos del acto, el acto psicoanalítico político.

Si interrogamos el seminario XV de Lacan, El Acto Psicoanalítico, sobre el hecho de saber si existe un acto político, la respuesta de Lacan es seguramente si, y enumera allí una serie: el paso del Rubicón, la Revolución Francesa, el juramento del juego de pelota- un momento de la revolución francesa-, y yo agregaría, la condenación

a muerte de Luis XVI. Cuando el asunto de la condenación a muerte del rey se presentó delante de la convención, Robespierre tomó la palabra. Explicó que si ellos no condenaban al rey, correrían el riesgo de una restauración, pero que si ellos le condenaban las potencias europeas declararían la guerra a la Republica Francesa. Las fuerzas republicanas pondrían entonces un general a la cabeza de su armada y de dos cosas una: o las fuerzas extranjeras ganaban y colocaban un rey sobre el trono del rey, o un general republicano ganaba y sus tropas lo impondrían como nuevo jefe del estado. ¡Que presentimiento de lo que ocurriría un poco más tarde con Napoleón! La lógica quería pues, que no hubiera ninguna razón para cortar la cabeza al rey, y bien concluyó Robespierre: es necesario hacerlo. Cada diputado fue invitado a subir a la tribuna y decir algo más, que explicar su decisión uno por uno. Detengámos en esto: primero, el hecho de escapar a las razones; segundo, que es necesario un sujeto para franquear estas razones, y tercero, la manera como la joven república opera con la democracia pidiendo a cada uno pronunciarse. ¿Por qué se trata de un acto? Para entenderlo conviene volver a lo que dice Lacan sobre el sujeto del Psicoanálisis y de las condiciones de su emergencia al *cogito*.

La ciencia moderna no puede hablar sobre el sujeto que la fabrica salvo objetivándolo, al igualar su ser a un hecho de dicho, *ergo sum*, porque el sujeto que fabrica la ciencia es subversión del saber, deseo de sobrepasar los límites de la ciencia que tiende a constituirse en sistema para buscar lo real que allí se opone desde siempre. Si imaginamos un círculo del conjunto del saber de la ciencia en un momento dado, el sujeto que la fabrica no es allí más representable que por un vector que atraviesa su frontera. La ciencia no es constituida del saber que tenemos, pero del movimiento de constitución del saber, supone un deseo para buscar un punto que no mantiene al conjunto del deseo de saber. En ese sentido podríamos hablar del deseo de saber, este deseo supone un sujeto irrepresentable en el saber de la ciencia, diga lo que diga la psicología, puesto que él tiene un pie adentro y un pie afuera del vector; literalmente este sujeto se define como un agujero en el saber, como ausente de la cadena significativa donde está sujetado hasta este momento, en su movimiento hacia lo real. Nosotros podríamos decir que, sin duda, un significativo le representa, pues tiene un pie en el saber, aunque el sujeto no espera que el saber le restaure el otro, él va a fabricarlo con el trozo de real que el saber aportará. Será necesario mostrar que ésta captura se efectúa siempre con la escritura, lo real de lo simbólico, y que si esta escritura conduce bien a un trozo de real, entonces, los semblantes del saber constituido vacilan, y una

nueva organización del saber se requerirá alrededor del saber nuevo así producido.

Tenemos un modo de evaluación de esta ponencia, y pasa lo mismo en el campo poético, (para hacer alusión a una revista con la cual trabajo que se llama BARCA! y subtitulada Poesía, Política y Psicoanálisis): el poeta que no se emociona, pero esa escritura hace volar en pedazos la lengua que nosotros habitamos. Él testimonia al mismo tiempo la generación de un ser nuevo en lo real por medio de la escritura, y por consiguiente, de su emancipación de la lengua común, de su excursión fuera del hábitat del lenguaje, que nosotros compartimos con él, porque hay una dimensión política de la poesía. Entonces en el campo político nosotros sabemos que por el hecho de la dominación de la ciencia y del mercado, el campo político se constituye en sistema.

Durante largo tiempo el sistema que habitamos, el capitalismo, tiene su existencia asegurada por el hecho de que puede designar un sistema diferente en sus límites, hay allí un problema de lógica: Veamos. Para constituir el conjunto de los mamíferos es necesario y suficiente encontrar al menos una familia de animales cuyas hembras no tengan mamas; el sistema soviético, representa lo que era

nuestro grillo sin mamas. Este otro sistema, podría sea interpretado en términos de mal o buen sistema, según que hubiera sido interpretado como un ladrón de goce o un proveedor de goce, como dice J. A. Miller, pero siempre en términos de goce. El hundimiento del sistema soviético ha cambiado algunas cosas, en la medida en que el sistema actual –vigente- hace impensable hasta la idea de una alternativa.

A los franceses se les supone vivir en uno de los países más desarrollados, y a los colombianos en un país que ha tenido una de las tasas de crecimiento económico más significativas del mundo en los últimos años, y resulta que ambos países son incapaces de procurar el goce que ellos han prometido, aunque declaran tener las posibilidades. Si ellos no pueden otorgarlo, ¿existe entonces un ladrón del goce? En este contexto es donde se alimenta el desarrollo del racismo; el otro, el extranjero, es identificado como un ladrón de goce. El sistema pretende dictar el comportamiento del buen ciudadano e imponerlo en Francia, - hago alusión a los movimientos sociales de los últimos años-, hasta regular los problemas de seguro social. Algunos aducirán que es necesario mejorar el sistema. Desde esta óptica no existe más que el conservatismo y el reformismo; ambos tienen estrictamente la misma esencia, y de esta manera, la existencia de una alternativa al interior o al exterior del sistema no constituye, en sentido estricto, un acto, pues el sujeto no

toma ningún riesgo, él opta por la alternativa política, o una alternativa conocida. Ciertamente los dos términos de la alternativa no son equivalentes, no son la misma cosa, yo prefiero el reformismo, pero no solamente. Ya sabemos que los regímenes existentes, capitalismo o socialismo, funcionan sobre el mismo molde. La plusvalía y los ideales sirven también como referentes, habría que mostrar como se hace creer que es saber, lo que en realidad es poder; esta pirueta permite que el poder se mantenga solamente en las manos de los que se consideran como dignos, sean de derecha o de izquierda, el poder es democrático cuando pertenece a la misma inteligencia política. Retomaré este término mas adelante.

Pero paradójicamente la ausencia actual de alternativa revela la inconsistencia de lo político, la derecha vale lo mismo que la izquierda, es lo que escribimos en el campo del psicoanálisis como el Otro tachado (\bar{A}). Pero esta ausencia, que hace al Otro tachado (\bar{A}), crea las condiciones del acto, un paso fuera de los sistemas concebibles se hace necesario, lo que no es suficiente para que alguien se pruebe hacerlo, falta el consentimiento del sujeto. Para dar este paso se necesita una teoría, que el sujeto se pueda liberar de sus determinaciones sociales; así lo anticipó Jean Jacques Rousseau por ejemplo, sino hubiera sido así, jamás la Revolución Francesa hubiera sido posible, cualesquiera sean los meritos y los defectos de 1789. La

revolución enseña al hombre que es posible liberarse de todo sistema en el que él no es más que un inquilino.

Continuamente me ha sido molesto, por el culto al gran hombre, culto que yo confundía con aquel psicológico del culto a la personalidad, pues no entendía bien el orgullo de Freud frente al sí mismo hasta que medí la dimensión de su acto. El gran hombre no es aquel al cual le suponemos, a priori, la capacidad de actuar; es aquel que es engendrado por su acto, cuando él ha roto, al menos una vez, con el orden establecido; él se encuentra dentro de las consecuencias de su travesía, y sin duda el estará arrinconado y conducido a otros actos frente a los cuales es posible siempre retroceder, pero él está condenado a la invención de un saber nuevo en la política, aún si ese saber, como en el caso de la ciencia, no ha cesado de constituirse en sistema. De suerte que, lejos de ver en el gran hombre una restauración del, yo no sé que, culto a la personalidad, nosotros deberíamos ver allí una exigencia a cada uno, uno por uno, confrontados a la dimensión del acto, a por la que estamos condenados a ser grandes hombres, como príncipes de lo posible. Es la única alternativa frente a eso que el mismo Freud llamaba *“la miseria psicológica de las masas”*. Es en ese sentido que los grandes hombres hacen la historia. Y de cierta manera, este uno por uno contradice la idea del acto político, pues después de

haber dicho si, podríamos decir no. Exactamente como Lacan lo desarrolla desde el seminario II. Existe una contradicción en la ciencia de la política, tal como un Platón la inventó; y Sócrates, Temístocles, y Pericles, quienes son cualificados como psicoanalistas. Yo deduzco de esto una antinomia entre lo político como saber constituido, y el acto. Lacan opone a la episteme, como razón del discurso, orden del discurso y la ortodoxia, la opinión verdadera, la cual es necesario entender casi como una interpretación analítica, por ejemplo, como la orden dada a la flota al salir del Pireo. Cito a Lacan: *“Ellos encontraron en su registro lo que la opinión verdadera quiere decir. Están en el corazón de ese concreto de la historia donde se entabla un diálogo, mientras que ninguna especie de verdad es allí observable bajo la forma de un saber generalizable y siempre verdadero. Responder lo debido a un acontecimiento en tanto significativo, en tanto que es función de un intercambio simbólico entre los seres humanos puede ser la orden de salir del Pireo, impartida a la flota, es hacer la buena interpretación. Y hacer la buena interpretación en el momento debido, es ser buen psicoanalista”*

Voy a hablar de este ejemplo. La interpretación política es el tema que Christian Meier desarrolla, entre otros, en su libro *De la tragedia griega como arte político*, él evoca la guerra entre Atenas y los Persas en el 480 AC., durante la cual, sin duda, después de haber encerrado a las mujeres y los niños, porque los griegos

consideraban que ellos tenían dos enemigos, los del exterior, con los cuales debían hacer la guerra, y los del interior, las mujeres, con las cuales no sabían que hacer. En esta guerra los ciudadanos se reunieron para discutir sobre la estrategia, pero las fuerzas enemigas presentes eran tan desproporcionadas, como si el principado de Mónaco, que es todavía mas pequeño que la Habana, que no es lo mismo que Cuba, debiera afrontar la flota de los Estados Unidos. Temístocles expuso la situación para la Habana, es decir para Atenas, y dedujo del discurso, pues recurrió a la episteme, al saber, sin pasar por los dioses, concluyendo que era necesario conducir al enemigo al estrecho de Salamina, allí, su gran número les impedirá maniobrar y les sería fácil destruir sus naves, una detrás de la otra, gracias a la habilidad de algunos griegos. Esta estrategia era segura, y no había dioses para garantizarla, como lo dice Lacan. Si Pericles fue un gran hombre, es porque fue un gran psicoanalista, pero esta vez, el buen psicoanalista es Temístocles quien pudo dar la orden que conviene y al hacerlo logró que la barrera del saber fuera franqueada logrando confrontar a los griegos a un real inédito, que se aprecia por la discusión después de la victoria. Pero ni la astucia de Temístocles, ni el valor de los soldados griegos fueron suficientes para explicar la victoria, pues se escudaba decir: ¿Hemos sido nosotros o han sido lo dioses quienes la lograron? La mención de los dioses designa esta vez un punto ilocalizable en el discurso de

los griegos, es a ese título que calificamos eso de real. Fue necesario nada menos que Esquilo para redactarlo y ponerlo en escena entre los Persas, y darle forma épica a este encuentro de lo real en 472.

Esta lectura nos introduce en un problema nuevo: si el sujeto es eso que de un individuo es irreducible a otro individuo, y a él mismo; y si el acto no es colectivizable, y si la relación al lenguaje y al goce, sobre el cual cada uno calcula su acto, al ser lo que hay de mas singular ¿cómo es posible hacer lazo social con un irreducible?

La democracia ha visto el problema, que obliga a cada uno que desea participar de la vida política, depositar su voto en la urna. Él es confrontado a la posibilidad del acto, como lo escribe Pierre Bruno, en el prólogo número 3 de BARCA!, el voto prima en ella sobre la denegación, esta es su lógica, o mejor, su gravitación y nada puede invertir el curso: ni Dios, ni Marx. Pero una vez votado, los resultados son leídos, de tal forma que, como lo describe un francés promedio, se obtienen anulando la dimensión subjetiva, por ejemplo: si los resultados son 50 contra 50, se nos dirá frente a esto que cada uno puede experimentar que Francia duda, vacila etc.

En un momento dado de su enseñanza, Lacan comenta que la inteligencia de derecha nos repetirá que nosotros no comprendemos nada de las explicaciones y nos invitará al realismo; ella no tendría miedo en declararse ser una canalla, mediante lo cual alcanza, infaliblemente, una tontería colectiva, puesto que la derecha en última instancia dice, no pensar más. La inteligencia de izquierda, por su parte, ingenuamente afirma que es la explicación la que no es clara, conduciéndonos a una lógica de la determinación económica unívoca. Si la colectivización de la canallada de derecha, conduce a la tontería colectiva, la colectivización de la ingenuidad, de la bufonería de la izquierda, en eso que ella tiene de simpática, se junta con la canallada al no querer pagar el precio de sus eventuales verdades heroicas. Por eso Lacan se toma el cuidado de precisar que Marx marca una dirección de investigación, una orientación verdadera, en tanto que tal insuperable, puesto que en su principio ella es ruptura con todos los saberes existentes, ha comprendido el suyo, frente a un estado donde no esté solamente políticamente, sino donde realmente la emancipación humana se producirá, y donde el hombre se encontrará cara a cara con su propia organización en una relación no alienada, nos dice Lacan.

Si el sujeto del acto es el sujeto de la democracia, y si se debería responder, no a la posibilidad de la existencia del acto político, que se distingue del acto politiquero, se acabaría la democracia; dicho de otro modo, el acto que cuenta no es primeramente histórico, el es político. Los griegos lo comprendieron, han inventado la democracia cuando entendieron que cada uno podía saber a condición de interrogar al saber, que es el fin de la dominación sin límite por los dioses y el tirano. Los griegos dedujeron de esto que el ciudadano debía distinguirse por la hazaña, por el logro.

La democracia moderna ha retrocedido en este punto; el movimiento de una universalización de la ciencia convence a cada uno que el saber es para todos. Esta idea, inmanente a una lógica colectiva que hace marchar a todos los sujetos al mismo paso revolucionario, debe entenderse como lo contrario de andar al paso, pues en este se introduce la dimensión de apuesta, y entonces entendemos porque no es acto histórico, y porque el acto psicoanalítico está a la altura de todo acto, pues él es como tal un acto político o no lo es.

¡Que cuadro idílico!, el psicoanálisis fabrica la teoría del sujeto de la cual la democracia tiene necesidad: un sujeto responsable de su decisión, capaz de acto, consintiendo a la creación tanto artística, científica, política como psicoanalítica, y

aunque es necesario volver a la subjetividad de nuestra época, puesto que el sujeto de nuestra época, no menos que el psicoanálisis, no puede ser indiferente al tipo del lazo social que domina su propia época.

Vamos a hablar sobre este lazo social, bajo el título de *LA PESTE*. Que nosotros estamos en el tiempo del capitalismo, no es una novedad. Este último pone el saber de la ciencia en el lugar de la dirección. Explota la estructura del sujeto deseante, haciéndole creer que la ciencia fabricará el objeto de goce que le falta, y que él podrá encontrarlo en el mercado sin necesidad de ningún lazo establecido, y haciendo de esto una fábrica de individuos. Tal es el sujeto pretendidamente completado por su más de gozar. De esto el toxicómano nos presenta uno de los paradigmas. Individuos potencialmente transformados ellos mismos en objetos de la ciencia, y aunque encuentran en la trasgresión un modo de protesta, es precisamente esta última resistencia la que nos anuncian que va a ser lograda próximamente con la perspectiva de la clonación; de ahí el hecho de que Lacan no hable siempre del malestar en la cultura, sino más bien de impasse de la civilización. Nosotros estamos al término de la empresa histórica de una sociedad que no reconoce funciones diferentes a la utilitaria, y en la que la angustia del individuo frente a la forma concentrada del lazo social es patente y cuyo

resurgimiento parece recompensar este esfuerzo. Lacan toma de la cultura existencialista de la época, una lista exhaustiva que presenta entonces como *impasses* subjetivos resultantes de esto. Esta lista merece una mirada:

“...una libertad que no se afirma nunca tan auténticamente como entre los muros de una cárcel, una exigencia de compromiso en la que se expresa la impotencia de la pura conciencia para superar ninguna situación, una idealización voyeurista-sádica de la relación sexual, una personalidad que no se realiza sino en el suicidio, una conciencia del otro que no se satisface sino por el asesinato hegeliano”.

¿Qué agregaremos entonces? La actualidad de los cuerpos que se despedazan para el mercado, un tipo de pedofilia generalizado que sin duda es más que un correlativo del rechazo del sexo por parte del discurso capitalista; los refinamientos del la segregación, la titulación de los excluidos, el monopolio del pensamiento único y, además, el suicidio de los adolescentes y de los jóvenes adultos, primera causa de muerte en Francia, todo lo cual testimonia la dificultad de inscribirse en el lazo social contemporáneo. Igualmente, el cataclismo en términos de deficiencia del seguro social que representa la depresión -en Francia la menos-, la psicopatización generalizada y engañosa a partir del más pequeño síntoma,

hasta los cánceres y el sida, muestra justa de toda lógica de lo real de la causalidad psíquica, substraída de las nuevas explicaciones. Los diagnósticos de psicopatología experimentados como el TOC (Trastorno Obsesivo Compulsivo), y el TGD (Trastorno Generalizado del Desarrollo) y otros estados límites que prohíben cada vez más a los sujetos la adopción de formas clínicas freudianas: el alcoholismo, el tabaquismo, la toxicomanías, las patologías de los comportamientos de la alimentación y la concepción dominante de un sujeto potencialmente consumidor, es decir, compatible con el funcionamiento del mercado capitalista, y sumado a ello la potencialización del biologismo, incluso, en la lucha contra el racismo y en la argumentación contra la clonación del humano.

Sin duda un análisis más afilado tendría que verificar si todos los impasses nuevos son indisociables de las explicaciones ideológicas, como lo muestra el existencialismo establecido por Lacan. En todo caso, la lista no está cerrada en cuanto a estos impasses subjetivos y sin sus justificaciones apoyadas en otras explicaciones como las de la Psicología y la Psiquiatría contemporáneas, se puede predecir que estas últimas continuarán en su intento de explicarlos hasta que ellos, los impasses subjetivos logren desembarazarse de la referencia a lo psi, a la dimensión psi, aún presente en su nombre.

De otra parte, se ha glosado sobre el fin de los padres por el hecho del avance poderoso del discurso científico y sobre la declinación del complejo de Edipo. Pero nosotros debemos concluir de esto, la falla de los semblantes y la restauración del padre gozador que Freud ha fijado en su fantasma de la horda primitiva. De suerte que nosotros tomamos, algunas veces como un progreso el llamado al padre simbólico: al hombre providencial, al maestro sabio, a los ideales de la religión y de la instrucción cívica, tan rápidamente desviados por las sectas religiosas y otros grupos para protegernos del monstruo, cuando se trata de un retorno al *estatus quo* anterior, a la invención del psicoanálisis. Es por lo que conviene tomar en serio la pregunta que Lacan plantea varias veces, la de saber si el psicoanálisis va a sobrevivir en tal contexto.

Yo no se si la actualidad de esta pregunta constituye uno de los nuevos síntomas, tal como nosotros los buscamos en nuestro campo psicoanalítico, pero si nosotros debemos pronunciar la muerte del psicoanálisis, podría ser que éste de ahora, sea el fin del síntoma y de la revolución. ¿Qué tomaría entonces el lugar del psicoanálisis, pues al fin cómo comprender este señalamiento de Lacan en Milán, cuando hacia su intervención sobre el discurso capitalista? Dice Lacan: "... *creo que*

no se hablará del psicoanalista en la descendencia de, si puedo decir, mi discurso, de mi discurso analítico, alguna otra cosa aparecerá que por supuesto deba mantener la posición del semblante, pero eso se llamara muy posiblemente el discurso PST " Esto será gracias a que los demás, completamente conformes con la manera como se dice que Freud veía la importación del discurso psicoanalítico en los Estados Unidos, ello será el discurso PST, adicioné una E, y resulta PESTE, un discurso que sería verdaderamente una PESTE, completamente dedicado al fin, al servicio del discurso capitalista. Sin duda la designación de este discurso fue tomado de las primeras letras de PSI, transformadas con una T heterogénea, fin de la referencia al PSI que he evocado de Lacan anteriormente.

En su conferencia, y para sorpresa de sus auditores, y más allá de sus contemporáneos, Lacan habla del capitalismo como un discurso en vía de morir, lo que no nos sorprende tanto puesto que nosotros sabemos gracias a él, que este discurso se sostiene en la exclusión de lo sexual, en la exclusión legible, en la manera como se trata, algunas veces, el problema de la emancipación de las mujeres, y en su presencia en la vida política etc. Ellas no son invocadas como sujetos, sino como el conjunto de las mujeres a quienes suponen la existencia de La mujer - al menos en Francia -, pues este discurso capitalista fabrica individuos que

no tienen nada que hacer con el lazo social, pues están completamente ocupados en sus más de goce, y puesto que dicho discurso comparte con el discurso del Amo el hecho que hace del fantasma un imposible, esta vez, por el hecho de aplastarlo sobre la realidad. De allí que Lacan profetice, entonces, el retorno de la PESTE, usando el mismo significante con el cual Freud anunciaba el desembarco del psicoanálisis en los Estados Unidos. Un retorno tal significa que la PESTE se coloque al servicio del capitalismo, en cierta forma una antirevolución, y es por supuesto el individuo el que muere de la PESTE. Miren alrededor de ustedes, no al discurso que continúa contaminando al sujeto, pues no se puede considerar que es aquello que ha sido forcluído de la peste analítica por su adaptación norteamericana, lo que haría de esta forma un retorno a lo real. El psicoanálisis habría entonces engendrado un heredero susceptible de reforzar aún la ferocidad, la eficacia, el utilitarismo del capitalismo, aportándole exactamente eso que él necesita de semblantes para continuar operando, es en este contexto de sometimiento de los individuos al servicio del goce del amo capitalista que Lacan concluye que no hay más personas mayores, sino una infancia generalizada, conclusión a la cual él considera que el psicoanálisis degradado de su tiempo ha hecho una trágica contribución.

Nosotros estamos aún, al menos lo espero, un poco antes del nacimiento del monstruo que trae la PESTE, el cual siempre estará presto para devorarnos. Aún es tiempo de detenerse sobre este punto donde el Otro no responde, donde cada uno de los que van hasta allá en su *cura* y en su *pase*, pueden verificar que el Otro no existe, y donde el sujeto es llamado para aportar una demostración transmisible. Estamos aún en una época, en donde gracias a Lacan, el psicoanalista funciona como un síntoma y como semblante de este goce cuya exclusión funda la comunidad humana, evitándole a cualquiera tener que encarnarlo realmente; nosotros estamos en ese momento donde el psicoanálisis es aún una práctica, una teoría que despierta al sujeto de la democracia, y que mas aún, da a otros la ocasión de serlo, porque ella mantiene viva su posición. Mantener viva la teoría y la práctica es otro nombre para la cura, y nosotros debemos dar cuenta de esta vigencia y de su transmisión, pero ante todo de su presencia.

El psicoanálisis en su propio campo tiene que confirmar los nombres propios de Freud y de Lacan que marcan el Otro tachado (A); apostar por el funcionamiento contra las personas, tomar partido por el no todo (\emptyset), explotar los recursos doctrinales de la enseñanza de Lacan, apoyarse en la transferencia de trabajo, antinomia de la transferencia analítica, allí donde esta transferencia se sostiene en

el Sujeto Supuesto al Saber, y la primera – la transferencia de trabajo – empuja a producir un saber que no puede venir del Otro que no existe, precisamente en el punto y a partir del punto, donde cada uno verifica esta inexistencia, y por encima de todo, desconfiar del retorno del Padre, el cual con la perennidad del Sujeto Supuesto al Saber introduce de contrabando la figura del goce, de la cual este se hace cómplice en el campo social para lo peor, incluso, con su contribución a la PESTE, y que nosotros la habíamos visto en perspectiva. Muchas gracias.